

Ruta crítica por la lexicografía latina medieval

A propósito de unos léxicos recientes

Recuerda Löfstedt en un delicioso libro póstumo, recientemente traducido al inglés (E. LÖFSTEDT, *Late Latin*, Oslo, 1959, Instituttet for sammenlignende Kulturforskning, pp. 95 ss.), la dificultad de definir rectamente el latín medieval. Una lengua que ha servido de vehículo de cultura, de medio pensante y expresivo, tanto para la poesía como para la novela, durante más de diez siglos resulta difícil de encajar en los criterios lingüísticos al uso, desde el momento en que no está soportada por una comunidad hablante. No es simplemente una «lengua tradicional», aprendida en las escuelas, como quería Meister; tampoco es una lengua muerta en el sentido propio de la palabra, en cuanto cerrada e idónea sólo para ser repetida indefinidamente; y no es una lengua de cultura como pudiera deducirse de un análisis superficial de textos determinados en siglos determinados. Todo esto simultáneamente y mucho más es el latín medieval, pues lo curioso y sorprendente resulta, de acuerdo con una tesis más y más acariciada por el insigne investigador sueco desde la publicación en 1950 de sus *Coniectanea* (Uppsala-Stockholm, Almqvist et Wiksells), que el latín medieval, a pesar de su innegable carácter escolástico, sigue siendo una lengua viva en que no solamente se da crecimiento y enriquecimiento gradual, sino que en ella incluso prosiguen tendencias evolutivas cuyas raíces se hunden en presupuestos del período arcaico o postclásico del latín.

Para el historiador de la cultura, tanto como para el filólogo, el latín medieval es una caja de sorpresas, comenzando por el propio hecho de su existencia: un problema que ha analizado finamente hace poco el gran medievalista Von den Steinen. El estudio diacrónico de ciertas tendencias que se descubren en el latín medieval ha causado una nueva visión de éste: al verse que en él se realizan procesos que se remontan a siglos atrás, algunos de los cuales comienzan en la época protohistórica de la lengua latina, al entender mejor la forma en que las lenguas romances o germánicas influyen y determinan muchos aspectos del latín medieval, el concepto de la historia unitaria y única de la lengua del Lacio, desde sus orígenes indoeuropeos hasta la Edad Moderna se va abriendo paso. Indirectamente, esta visión novedosa ha ido arrumbando los escrúpulos que sobre todo estudio léxico y gramatical de latín de la Edad Media pesaba después de la sentencia de Traube, el genial paladín germánico de la filología mediolatina: «no hay una gramática del latín medieval», «no hay un diccionario del latín medieval». La rica variedad de la lengua, aprehendida solamente en la literatura, sin análisis profundos, sin verdadera conexión inmediata con el latín tardío cuya marcha continúa, no permitían ver de otra manera: se trata tan sólo de una interpretación parcial de un fenómeno complejo y en extremo abigarrado.

Donde siempre se reconoció una personalidad notable al latín medieval fue en el campo lexicográfico: la lectura pura y simple de documentos o textos escolásticos permitía darse cuenta de las notables diferencias que lo separaban del latín de época clásica, o del latín del Bajo Imperio. No es, por tanto, sorprendente que se sintiera pronto la necesidad de organizar léxicos y glosarios que facilitaran el acceso al conocimiento e interpretación de estos textos, necesidad sentida básicamente por los historiadores pero también, y no en menor grado, por filólogos, teólogos y filósofos, por aludir a estudiosos de campos bien conocidos y frecuentados.

I

La lexicografía mediolatina comienza realmente con la publicación del *Glossarium mediae et infimae Latinitatis*, de Charles Du Fresne, Sieur Du Cange, aparecido por vez primera en 1678, y ya reimpresso en Francfort en 1679. Esta obra por tantos conceptos notable, quizá la más conocida y trascendente de la variada producción del autor, fue concebida más bien como instrumento auxiliar en el trabajo histórico, para la lectura e interpretación de textos técnicos y documentales de la Edad Media. La obra, con su carácter oscilante, la simplicidad con que en ciertas cuestiones se resuelven los problemas, es indicio de la singular capacidad de lectura y dotes de trabajo del autor, y su utilidad queda patente por el número de ediciones que alcanza rápidamente. Los Benedictinos de la Congregación de San Mauro, tan beneméritos de la patrología y de la historia medieval, emprenden a comienzos del siglo XVIII una ampliación, basándose en los nuevos materiales extraídos de las sabias ediciones recién aparecidas de Mabillon, Martène, Baluze, Muratori, etc.: esta refundición, verdadera obra nueva por el enriquecimiento de su contenido, aparece en 1736. Poco después, en 1766, se publica todavía un amplio suplemento, obra de Dom Carpentier, que solamente se incorpora al Glosario en la edición Didot de 1850. Todavía en 1883 aparece una edición nuevamente ampliada por Favre, en Niort: esta edición es, hasta este momento, considerada típica, y de ella se han hecho ya varias reimpresiones anastáticas, la última de las cuales hace unos años. De su interés y de su utilidad puede juzgarse si se piensa que aún en 1953 aparecían por los cuidados de Mario Roques, en el *Bulletin Du Cange* (t. 22, 1951-2, pp. 93-156) las acotaciones y adiciones que le hizo el insigne medievalista A. Thomas, aprovechando material puesto sólo modernamente al alcance de los estudiosos, posterior casi siempre al año 1000. El *Glossarium* de Du Cange ha conservado a través de todas estas reelaboraciones su carácter primigenio: se trata fundamentalmente de un glosario de *realia*, menos veces y con grandes lagunas es un verdadero léxico.

Los vocablos aparecen profusamente explicados, pero los textos aducidos son casi siempre insuficientes, parciales o desfasados en lo cronológico.

A su lado, inspirado en él, pero con más modestas ambiciones, apareció en París, en 1890, un *Lexicon manuale ad Scriptores mediae et infimae Latinitatis*, de Maigne d'Arnis; pero este léxico es demasiado sucinto, desordenado y desigual para que se pueda contar eficazmente con él. Falta casi totalmente la referencia a las fuentes, y las equivalencias pecan a menudo de aproximadas y poco precisas.

Muy distinto, a pesar de su carácter elemental, escolar, es la obra de E. Habel, *Mittelateinisches Glossar*, publicado en 1931, y reimpresso ahora, con pequeñísimas correcciones, en Paderborn en 1959. El autor se propuso preferentemente ofrecer a los estudiantes un manual práctico que complementase, incluso con una presentación similar, los diccionarios que se suelen manejar en las clases de latín, sólo que aquí el latín era medieval: a cada forma latina sigue sencillamente la equivalencia alemana, sin fuentes, sin indicaciones cronológicas, basando los significados que se presentan en dos docenas de textos que van de Benito de Nursia al *de vulgari eloquentia* de Dante, sin despojo exhaustivo, sin atención a los documentos, parte sin embargo principalísima en la lexicografía medieval; y con todos estos defectos, la obra es clara, útil, manejable, y, en definitiva, muy capaz de ser aprovechada.

Si esta obra vino a llenar una necesidad de las clases latinas, extendidas en el plan germano de estudios de 1925 al latín medieval, desde el punto de vista científico, a partir de 1913 se estaba gestando la idea de una gran empresa internacional para la refundición del Du Cange. El plan, perfilado entre 1920 y 1924, acabó por fijarse en el proyecto bien conocido del Diccionario del Latín Medieval, que patrocinó la Union Académique Internationale. Largas discusiones establecieron el plan de trabajo para las distintas comisiones nacionales, para la comisión internacional encargada de coordinar y reunir los materiales suministrados por aquéllas, marcaron los términos cronológicos del proyectado Diccionario y precisaron los aspectos

en que habían de concentrarse. Un Comité internacional supervisó desde entonces la labor, y la publicación regular de la magnífica revista que es el *Archivum Latinitatis Medii Aevi* (*Bulletin Du Cange*), que aparece desde 1925, ha conseguido no sólo mantener viva la ilusión de la empresa, sino ampliar más y más el interés por la investigación lexicográfica mediolatina.

Simultáneamente, han comenzado a aparecer léxicos nacionales más o menos completos, aprovechando los materiales que se iban acumulando para el Diccionario del Latín Medieval. Es a varios de éstos diccionarios o léxicos a los que me referiré aquí en este recorrido por el campo de la lexicografía latina medieval.

Naturalmente, sólo a título informativo, por haber aparecido hace ya muchos años, y no obedecer a este movimiento favorecido por el plan del Nuevo Du Cange, aludiré aquí a la obra de Bartal, valiosa pero de un carácter muy distinto a las que estamos analizando, *Glossarium Mediae et Infimae Latinitatis Regni Hungariae*, aparecido en Leipzig en 1901, por cuanto se basa casi exclusivamente en diplomas magiares de la Baja Edad Media y más que como contribución al conocimiento del latín medieval sirve como buen testimonio de la repercusión de la lengua popular en el latín escrito; depende, en cambio, de los materiales dispuestos para el Diccionario la obra de M. Hammarström, *Glossarium till Finlands och Sveriges Latinska Medeltidsurkunder jämte språkling Inledning*, publicado en Helsinki en 1925. Como señala el título, se basa esta obra en documentos, casi siempre de la Baja Edad Media provenientes de Suecia y Finlandia; pero su inestimable valor reside en la enjundiosa introducción de tipo gramatical que precede al léxico.

Asimismo, como base previa de trabajo para los estudiosos que se ocupan de textos mediolatinos ingleses o irlandeses, apareció en 1934 en Oxford (reimpreso en 1947) una *Medieval Latin Word-List from British and Irish Sources*, preparada por Baxter y Johnson, de los cuales el primero ha sido desde su comienzo uno de los grandes animadores del Comité Internacional para el Diccionario del Latín Medieval. Esta *Word-List*, que se basa en un número notable de textos literarios y documentales, lo

más importante de la literatura insular de los siglos VI a XVI, se presenta al lector de una manera bastante curiosa: compuesta la lista a dos columnas, en cada página se imprime solamente una, la de la izquierda, para, en la de la derecha, dejada en blanco, poder anotar correcciones, adiciones o complementos; tal distribución tipográfica permite además la fijación de cada lema con sus citas y equivalencias sobre una ficha. Una sola, pero notable, es la dificultad de utilización que presenta este léxico inglés: las fuentes no aparecen citadas como testimonios, sino solamente se da una indicación cronológica aproximada de la primera cita documentada y de la última; la búsqueda del texto, si interesa conocerlo, ha de hacerse, pues, a tientas, basándose solamente en la aproximación cronológica. Puede, no obstante, decirse que la obra es extraordinariamente útil. Yo no sé si el procedimiento especial de presentación ha permitido al Comité Británico, mediante las acotaciones marginales de colaboradores más o menos espontáneos, enriquecer sus materiales léxicos, pero sí, en cambio, puedo asegurar que la utilidad reportada es tal que ha necesitado ser reeditada la obra. Un indicio más de la imperiosa necesidad que los estudios actuales sobre Edad Media, y aún sobre la tardía Antigüedad, sienten de disponer de medios, siquiera incompletos, de información lexicográfica latina.

Pero veamos ahora, con un poco más de detalle, las más recientes aportaciones en este campo.

I I

Atendiendo al momento de su publicación inicial, debemos considerar una obra que, por su exactitud y amplitud científica, supera notablemente cuanto se había publicado hasta el momento: el *Latinitatis Italicae Lexicon Imperfectum*, del insigne medievalista italiano F. Arnaldi. Este léxico, basado en un rico material reunido en parte por el autor y en parte disfrutado por él de los fondos de más de medio millón de fichas que había preparado un Comité nacional italiano, comenzó a

aparecer en 1936, dentro del *Bulletin Du Cange*, razón por la cual no es tan conocido como merece. Después de publicado en dos partes hasta *medicamen* (t. 10, 1935, pp. 29-240; t. 12, 1937, pp. 67-152), tras un periodo de silencio, correspondiente a los años de la guerra y postguerra, se reanuda la publicación —con la colaboración de la Srta. Turriani— en 1950 (t. 20, 1947-8, pp. 82-206; t. 21, 1949-50, pp. 195-360; t. 23, 1953, pp. 277-301; t. 27, 1957, pp. 60-134; t. 28, 1958, pp. 33-95; t. 29, 1959, pp. 113-159, donde llega hasta el vocablo *Styrax*).

Con el léxico de Arnaldi nos hallamos ante una obra de enorme trascendencia; nuevos criterios y nueva presentación avaloran este diccionario en que se manejan materiales procedentes de todos los textos escritos en Italia desde el último cuarto del siglo v hasta bien entrado el siglo xi: las ediciones que se utilizan para los despojos de textos están controladas críticamente, y los datos se aprovechan integralmente. ¿Qué aporta de nuevo este léxico? Por un lado, y no ciertamente el menor, el número y calidad de los textos analizados, que abarcan desde Ennodio, Boecio y Gregorio Magno a Celio Aureliano, Oribasio y las *Compositiones ad tingenda musiva*, así como los Códices Diplomáticos, especialmente el Cavense, Paulo Diácono, y lo que da todavía mayor trascendencia a la obra en función de toda la latinidad restante, todas las epístolas y regestras de la Cancillería pontificia. Por otro lado, su moderna concepción de los elementos aprovechables y utilizables en una obra de este alcance: cada lema va seguido de una cabecera en la que aparecen registradas las variantes gráficas (o fonéticas), las peculiaridades de tratamiento métrico, y las alteraciones morfológicas referidas de manera muy precisa a las fuentes correspondientes. Los significados se reagrupan bajo idéntica explicación, a veces bajo una versión italiana, se tiene en cuenta la variedad de construcciones posibles, los regímenes, se aducen de vez en cuando las fuentes de los pasajes, sobre todo las griegas para mayor control de la significación. Cada tipo es ejemplificado con un pasaje adecuado; las fuentes, bien descritas en las introducciones a las dos partes, se citan escrupulosamente, y aún se tiende a presentar los pasajes citados

con un criterio cronológico. La experiencia, con todo, encuentra que un total aprovechamiento de los ricos materiales que se acumulan en el léxico de Arnaldi no es siempre posible, ya que la tendencia excesiva a la brevedad y la falta de distinciones tipográficas en el cuerpo de cada artículo hacen enojosa la lectura. Las explicaciones o interpretaciones están en el mismo tipo de letra que los pasajes que se citan, y ello sólo ya causa dificultad; bien es verdad que las fuentes aparecen impresas de modo más claro, pero ni la ordenación del material ni sus divisiones resaltan, como sería de desear, a simple vista. Dicho de otra manera, el léxico que comentamos es de manejo imprescindible para todo el que tiene que estudiar algún texto de procedencia italiana anterior a 1020, y para el que quiera hallar rápidamente testimonios de usos concretos en autores italianos; pero no hay que insistir en que se opone su misma contextura a cualquier intento de lectura o consulta superficial, ya que ello engendraría confusiones o incurrir en el error de creer que algo importante dejaba de estar allí registrado. Además, como es natural en una obra cuya publicación se va dilatando a lo largo de veinticinco años, es evidente que ligeros cambios de método y de agrupación de materiales se han producido de modo insensible, de manera que hay que atender mucho a cada artículo para obtener de él toda la rica variedad que contiene. La obra de Arnaldi puede considerarse, indudablemente, como una de las conquistas más logradas de la lexicografía latina medieval.

Con un criterio semejante, abundante documentación y grata presentación comenzó en 1953 a aparecer como resultado de la diligente actividad del Comité nacional polaco para el Diccionario de Latín Medieval, el *Slownik laciny sredniowiecznej w Polsce. Lexicon mediae et infimae latinitatis Polonorum*, Varsovia, 1953, del cual el último fascículo aparecido que conozco es el 2 del II vol., 1960, que alcanza hasta el vocablo *centenariatus*. Siempre los estudios clásicos han tenido en Polonia un desarrollo muy grande y, en muchos campos, estudios de eruditos polacos siguen siendo fundamentales. En lo que se refiere al Latín Medieval, desde el comienzo mismo de la actividad

de las Comisiones nacionales, la polaca inició el despojo de una literatura que si no es muy rica en el periodo hasta 1250, sí tiene una gran trascendencia e influjo en Europa en la Baja Edad Media: ésta es la razón por la que su *Lexicon* no ha podido prescindir del periodo más avanzado de la época medieval, y no se ha contenido en los límites cronológicos señalados oficialmente para la empresa internacional. Hay que decir en honor de la verdad que los estudios clásicos y, entre ellos, el trabajo en la lexicografía mediolatina, han recibido nuevo impulso recientemente, con la protección oficial a través de la Academia de Ciencias, en la República Popular Polaca. La reacción, cuyas razones últimas se me escapan, producida en Rusia y en las demás repúblicas democráticas a favor de los estudios helenístico-bizantinos y latinos, y aún de otros tipos literarios, es tanto más de notar cuando resultan sorprendentes para nuestra concepción del materialismo soviético y marxista.

Quizá sería excelente ocasión para nosotros de reflexionar sobre este proceso de pueblos que tienden a la máxima tecnificación, y que, de repente, comienzan a dedicar parte de sus energías y de su tiempo a los estudios históricos, filológicos, literarios. Si esta vuelta a viejos temas de estudio, propios del *otium*, ha de ser considerada resultado normal del nivel de técnica conseguida, habremos de mantener la esperanza de que día llegue también para nosotros en que, pasada la fiebre tecnológica, alcanzadas ciertas metas deseables en esta línea, de nuevo se produzca la tensión necesaria para que los estudios de este tipo puedan promoverse a gran escala y ser aceptados por la sociedad.

En una línea intermedia entre el *Glossar* de Hebel y los léxicos nacionales, comenzó a publicarse en Leyden, por los cuidados de la editorial Brill, el *Mediae Latinitatis lexicon minus* del Profesor J. F. Niermeyer, de Amsterdam; el último fascículo aparecido que conozco, del año 1959, es el 7 y alcanza hasta *merces*. Los editores calculan haber llegado aproximadamente a la mitad de la obra y poder mantener el ritmo de un fascículo anual hasta su total publicación. La obra se basa en resultados de lectura del Profesor Niermeyer, fundamentalmente

unos miles de documentos, y unos cientos de textos; él mismo ha querido presentar su obra como un complemento de otros léxicos, sin pretensiones de tipo filológico, dedicada más bien a servir de instrumento de labor a los historiadores, necesitados como están siempre de tal tipo de auxilios para la mejor interpretación de las fuentes. Se observa inmediatamente a la lectura de cualquier artículo que el autor ha procurado organizarlo de una manera histórica, diría yo: se van siguiendo con preferencia y delectación las modificaciones institucionales, sus tipos, su funcionamiento vario. Es verdad que se distinguen, en muchos casos, los usos lingüísticos también, pero esto resulta secundario. Tal como se presenta en el subtítulo, el léxico lleva las interpretaciones o explicaciones en francés y en inglés consecutivamente y sin más excepciones que cuando ambas lenguas convienen en forma y sentido. Las referencias a las fuentes, interpretadas más bien como testimonios ya que subsiguen a la cita literal del pasaje, son siempre completas, porque el *Lexicon*, al menos hasta ahora, y es lástima, no ha dado un cuadro y oportunas referencias de los textos y documentos que se citan. Quizá esto mismo tenga una ventaja inmediata para el lector: en efecto, en todo caso, cuantas veces se repita la cita del mismo documento o texto, se añade entre paréntesis la fecha exacta o aproximada. Así se dispone, si no de materiales exhaustivos, si por lo menos de unos hitos en la historia del vocablo, de unas referencias para la historia de la institución —si el lema se refiere a una—, y en todo caso, unos puntos límite en la vida de la palabra. Los materiales sobre los que se basa este *Lexicon* cubren hasta 1.250 aproximadamente, aunque en muchas ocasiones se encuentran alusiones a vocablos de época posterior: en estos casos, no suele producirse la fuente y la indicación cronológica es mucho más vaga. Cuando la significación de un vocablo está ya atestiguada en los diccionarios corrientes, no se aducen nuevos ejemplos, sino que la interpretación se marca con un asterisco, aunque no deja de darse.

Si se tiene en cuenta que el autor ha despojado, ciertamente de manera cuidada, los mejores diplomáticos, carto-

rales, colecciones documentales que se han publicado críticamente en los siglos XIX y XX, y a estos ricos datos se unen sobre todo fuentes históricas de primera clase (no es raro ver citado a Julián de Toledo por su historia de Wamba, a Eginardo por su vida de Carlomagno, a Fulberto de Chartres, por no contar otros autores), puede uno percatarse de la enorme utilidad de este léxico, destinado a prestar extraordinarios servicios, aún cuando se cuente con otros de más amplitud y ambiciones, pero más limitados en el tiempo y quizá con no tanto conocimiento histórico como posee el Profesor Niermeyer; para un filólogo hay allí materiales interesantes, pero la obra no presenta interés tan grande como para un historiador. La obra, dispuesta a dos columnas, es más fácil de leer que la de Arnaldi: cada significación va separada y marcada con un número correlativo, y la variedad tipográfica de estas indicaciones, junto con las interpretaciones francesa e inglesa en cursiva, hacen la consulta agradable.

Tras muchos años de largo trabajo, comienza ya la publicación del Diccionario del Latín Medieval patrocinado por la Union Académique. Bajo la dirección del profesor F. Blatt, de la Universidad de Aarhus, aparecieron en 1957 dos preciosos fascículos, de moderna y grata presentación, como primicias de la empresa fundada más de treinta años atrás. De ellos, el primero era el *Index scriptorum mediae latinitatis ab anno DCCC usque ad annum MCC qui afferuntur in Novo Glossario ab Academiis consociatis iuris publici facto* (Hafniae [=Copenhague], Munksgaard; folio, 194 pp.), presentado de la siguiente manera: cada página aparece dividida en tres columnas desiguales, de las que la del centro contiene las siglas utilizadas en el Glosario, elaboradas de manera suficiente para que no resulten oscuras ni puedan confundirse entre sí ni con las utilizadas por el *Thesaurus linguae Latinae*, la breve de la izquierda contiene la cronología del autor, exacta o aproximada, y a veces incluso la de las distintas obras, si se conoce con precisión; en la ancha columna de la derecha se resuelven por extenso las siglas de la columna central, y se dan a continuación las ediciones según las cuales se han hecho los des-

pojos de materiales, con la referencia concreta a páginas, sin olvidar a veces la convergencia de más de una edición, o los estudios críticos que hay que tener en cuenta para una cita más precisa o una más recta inteligencia del texto. Como es natural, tratándose del nuevo Glosario, se mantiene con rigor la fecha límite del 1200, pero no hay limitación territorial; los documentos están representados por una larga serie de Cartorales, desgraciadamente bastante incompleta: para España se cita en el *Index* solamente Cardeña, Covarrubias, San Cugat, Liébana y San Vicente de Oviedo, lo que es tanto más de lamentar cuanto son muchos los accesibles, y que de hecho suministran ricos materiales a partir al menos del fascículo segundo.

Los escritores, por el contrario, bien que incompletamente aducidos, están más cuidadosamente registrados, a pesar de que, como ya es costumbre, la parte española sigue siendo una *terra fere incognita*. La inspección cuidadosa de las fuentes aquí analizadas descubre las grandes posibilidades de un léxico elaborado con tan nobles y abundantes materiales. ¿Cómo se presentan éstos?

Simultáneamente al *Index scriptorum* fue lanzado el primer fascículo del *Novum Glossarium mediae Latinitatis ab anno DCCC usque ad annum MCC* (Hafniae, Munksgaard, 1957), dedicado a la letra L; en 1959 ha aparecido el segundo fascículo consagrado a Ma. Entre uno y otro fascículo hay ya algunas diferencias: según advierte el editor en el segundo, éste pudo beneficiarse del rico fichero de un experto tan notable como el Profesor Hubschmid, de donde se deja ver un aumento del material procedente de documentos. Veamos de qué modo se organizan los artículos en este *Glossarium*. Al lema sigue entre corchetes una noticia etimológica reducida a lo más imprescindible: se presentan las diversas formas tanto gráficas como morfológicas, y a continuación se da el significado, siempre en francés, seguido, si ha lugar, de las oportunas referencias bibliográficas que lo justifiquen. Los distintos usos de cada vocablo, y los diversos significados se agrupan en apartes, con lo que la estructura de cada artículo se ve clara. En el segundo

fascículo, la participación española, vinculada a la Comisión de Latin Medieval, que depende de la Escuela de Estudios Medievales del Patronato Menéndez Pelayo, del C. S. I. C., aparece mucho más completa y abundante: los textos citados son muchos más que los que habían sido descritos en el *Index*, lo que, si es de alabar, no dejará de presentar serios inconvenientes para el usuario, privado como queda de poder interpretar rápidamente las fuentes de la palabra o pasaje, o bien causará dificultades a los editores porque la carencia de siglas definidas les obligará a citar siempre de una manera menos reducida. Dentro de cada artículo la palabra del *lemma* se cita en los pasajes pertinentes sólo abreviada al modo que lo hace el *ThLL*, aunque menos simplificada. Lo que no se ha aceptado de la gran experiencia que es el *Thesaurus* de Munich —del que el Profesor Blatt fue en tiempos colaborador— es su técnica de reducción de citas en el caso de pasajes paralelos o dependientes por razón de fuente. Y lo que parece menos aceptable en una obra de esta envergadura, en la que hay mucho que comprobar y hay una cierta responsabilidad por la distribución y estructuración de cada artículo, los artículos no van signados por el colaborador a cuyos cuidados se ha confiado. De esta suerte, el léxico aparece bajo la directa y total responsabilidad científica del director, al cual, sin embargo, no son imputables, ni pueden serlo, todas las faltas de la obra; es cierto que hay además del Comité de Redacción, que es la Comisión Internacional, un Comité de supervisión, y un control por parte del insigne medievalista muniqués Profesor Paul Lehmann, pero todo esto no es suficiente, a mi modo de ver. Hay que registrar la responsabilidad del autor del artículo, que va mucho más allá de la simple disposición de los materiales que encuentra ordenados en los ficheros de la Union Académique Internationale, ajustados a idénticas normas de preparación, pero procedentes de muy distintas regiones, aunque ésta misma diversa procedencia impida en muchos casos una revisión de los textos originales que sola permitiría una correcta interpretación del pasaje. Quizá el peligro mayor que encuentro en esta tarea es su dilatación enorme, la dificultad de

mantener con los medios ordinarios y extraordinarios un ritmo vivo y continuo de edición, los inevitables cambios en la empresa. Con todo, representan un gran paso, un avance muy notable en el estudio de la Edad Media, del que hay que esperar, preferentemente, una pronta terminación para un mejor aprovechamiento. Para nosotros los españoles, tan propensos a descargar sobre los demás nuestra propia responsabilidad, el adelantamiento de esta obra tan importante no debiera retrasarnos en la elaboración de nuestro gran diccionario medieval, cuyo interés no exige comentario especial.

Proseguimos nuestra ruta a través de la lexicografía mediolatina. Desde hace un año tenemos un nuevo diccionario medieval: el *Mittellateinisches Wörterbuch bis zum ausgehenden 13. Jahrhundert* (Munich, C. H. Beck), publicado por las Academias de Ciencias de Berlín y Munich, junto con las de Göttingen, Heidelberg, Leipzig, Maguncia y Viena, así como la Sociedad Suiza de Ciencias del Espíritu, bajo la dirección del Dr. Otto Prinz, y la dirección adjunta del Dr. J. Schneider. En 1959 se dieron a la luz pública un fascículo conteniendo las «Abkürzungs- und Quellenverzeichnisse» (94 págs.), y el 1 del vol. I (a- aducmen), al que ha seguido en este mismo 1960 el fasc. 2 (addebeo-aer), comprendiendo en conjunto hasta este momento 320 columnas de apretado texto, en tamaño holandesa. Las fuentes depojadas son preferentemente de territorios de lengua germánica, pero de acuerdo con un criterio que imperó largamente cuando se editaban los *Monumenta Germaniae Historica*, no son pocos los textos de otros países que se utilizan en buena parte por figurar en estas colecciones monumentales de la ciencia germánica, y así se han utilizado, por poner dos ejemplos, Johannes Napolitanus y Julián de Toiedo. Claro es que estas dificultades surgen de la interpretación moderna de lo territorial, bien diferente de lo que la comunidad de vida y relaciones de la Edad Media permitía y exigía. Muy recientemente, en el primer fascículo de la nueva serie de la revista *Studi Medievali* (Spoleto, I, 1: junio, 1960), que acaba de aparecer, el Dr. Prinz ha escrito largamente sobre el origen y situación de la empresa. Séame permitido referirme a algunos de

los detalles de esta valiosa nota informativa («Mittellateinisches Wörterbuch: Entstehung und Anlage», pp. 295-303). En Alemania la labor comenzó en 1939 al adherirse las Academias germanas de Ciencias a la Union Académique, pero sólo desde 1950 tomó auge la empresa, vinculada desde el comienzo al *ThLL*, en cuyos locales incluso se trabajaba en el año 1950. Recuerdo de aquellos años, cuando colaboraba yo mismo en el *ThLL*, la paciente e incesante labor del Dr. Prinz, su despojo cuidadoso, lleno de meticulosidad, de los textos, el trabajo constante en las dos oficinas de Munich y de Berlín, y la delicada labor, realizada sobre unas cincuenta obras características de todo el período cubierto por el Diccionario, que consiste en lo que corrientemente en la técnica del *ThLL* se denomina "verzetteln", es decir, fichado exhaustivo (generalmente se hace mediante la repetición mecánica de una pericopa sobre un grupo de fichas; cada palabra de la pericopa va constituyendo luego una ficha diferente, de modo que al final todo el texto está integralmente reducido a fichas, con lo que no sólo quedan registrados los usos interesantes, sino que se permite una estadística exacta de la frecuencia de utilización de las mínimas partículas: el método ha sido seguido en el *ThLL* para todos los autores latinos hasta Tácito, más algunos aislados posteriores). Se han acogido en los ficheros los abundantes materiales de glosarios latino-ant. alto alemanes que había dispuesto el Prof. Stach y que éste cedió a su muerte; añádase a ésto, el abundante material de referencias a índices, a estudios críticos, técnicos, que pueden aclarar los significados o los momentos en que se presentan o las tendencias a que obedecen, y se tendrá una idea de lo que puede representar el millón largo de cédulas de que dispone el *Mittellateinisches Wörterbuch*. En el artículo de Prinz que cité más arriba, se nos informa de los principales problemas con que se ha encontrado cada redactor de artículos: en primer lugar, la necesidad de conectar los materiales con lo que se sabe del latín antiguo y tardío en particular; en segundo lugar, las dificultades prácticas que esta relación presenta, pues los primeros volúmenes del *ThLL* apenas si están elaborados desde el punto de vista

lexicográfico, y no dejaban casi espacio al latín tardío, muy incompletamente representado entonces en el material del *Thesaurus*; en tercer lugar, las dificultades mismas que plantea el carácter, desarrollo y reacciones lingüísticas del latín medieval. Un contacto creciente con el *ThLL* ha permitido, por ejemplo, en el primer fascículo un ahorro notable de fuerzas al estudiar las preposiciones *ab*, *ad*, o *absque*. La distribución externa depende también de la experiencia del *ThLL*, así como el sistema de siglas y de modo de citar y de referir; frente al principio internacional de tomar como punto de partida, (para señalar con * los vocablos no testimoniados en el latín anterior a 600), el Forcellini-De Vit, el *Mittellat. Wört.* ha preferido hacer labor más sólida remitiéndose al *ThLL*. Pero veamos ya la estructura en función. La primera novedad que sorprende es que la cabecera, donde se incluyen variantes gráficas, morfológicas, etc., va totalmente desglosada del cuerpo del artículo en los casos de vocablo con largo desarrollo; se prefieren las referencias al cuerpo del artículo, lo cual es normal pues en él abundan los pasajes citados. Los distintos significados se distribuyen con arreglo a un principio de clasificación muy semejante al del *Thesaurus*: las interpretaciones se dan inicialmente en latín, y a continuación en alemán, y se mantiene el sistema del *ThLL* de reducir la citación de pasajes paralelos mediante las simples referencias a la fuente entre paréntesis, cuando el significado y uso es totalmente afín. Además de los significados, se atiende de manera principal a las construcciones y regímenes, e incluso, para garantizar la exquisita exactitud filológica, en muchas ocasiones se aducen las lecturas de algunos manuscritos que difieren del texto recepto, cuando ello implicaría posibilidades de modificar la presentación del pasaje. Y no se descuidan las citas de autores antiguos que pueden ser fuentes de los usos medievales. Los vocablos derivados, del tipo de adverbios, participios y sus sustantivaciones, van, como en el *ThLL*, a continuación de la palabra base, aunque destacado el *lemma* para facilitar la consulta. Como las columnas van signadas por los colaboradores que redactaron los distintos artículos, nos encontramos ante una obra

de conjunto que tiene la ventaja de haber convertido la descripción de cada palabra en un verdadero estudio léxico, llevado adelante con amor, erudición y sana crítica. Las palabras no suficientemente documentadas llevan ?, y en ninguna falta la referencia etimológica, o una suficiente explicación en el caso de instituciones significativas.

Me atrevería a decir que estamos ante una obra maestra de la lexicografía mediolatina, que en parte recubre el *Lexicon* polaco, aunque la diferencia de épocas que uno y otro abarcan ya les confiere valor autónomo; en buena parte, los materiales del *Mittellat. Wört.* representarán en su día parte de lo más interesante del *Novum Glossarium* de la Un. Académ., pero creo que siempre el Diccionario alemán, llevado adelante principalmente gracias a la capacidad del Dr. Prinz y de su grupo de colaboradores, representará el gran esfuerzo de la filología alemana de nuestro tiempo en beneficio del latín medieval.

Estamos llegando al final de nuestra ruta. Afortunadamente, tenemos ocasión ahora de reintegrarnos de nuevo a nuestro país. Si bien es cierto que el entusiasmo por la empresa del Latín Medieval, caldeado hacia 1950-1955, ha caído en una especie de mecánica semiinerte, no se puede decir que del impulso primero no se haya seguido nada. Ha sido el equipo catalán, dirigido por el Profesor Bassols de Climent, el que acaba de salir a la palestra lexicográfica medieval para presentar las primicias españolas: hace apenas un mes en el momento de escribir estas notas, que ha salido a la luz el *Glossarium Mediae Latinitatis Cataloniae*, editado por la Universidad de Barcelona en colaboración con la Escuela de Filología de Barcelona del C. S. I. C. (Barcelona, 1960), y compilado por Bassols, junto con sus discípulos y auxiliares Bastardas, Rodón, Còndom, Quedo y Catalá; un primer fascículo de grata y nítida impresión, que comprende *a-aragalius*, y que anuncia lo que va a comprender el *Glossarium*: una colección crítica de «voces latinas y romances documentadas en fuentes catalanas del año 800 al 1100», como señala el subtítulo. Sucintas advertencias preliminares nos explican lo que se puede ver inmediatamente en el cuidado texto: que preferentemente se dan los neologismos,

o bien las particularidades fonéticas, gráficas, morfológicas, o sintácticas, que se encuentran en los documentos catalanes del periodo señalado; que se toma como base el *ThLL*, aunque se incluyen los vocablos o acepciones escasamente representados en éste, o en la latinidad anterior a 600. Cuando los testimonios de palabras dentro del período que abarca el *Glossarium* no son suficientes o son poco expresivos, los autores no tienen reparo, como advierten, en ejemplificar con pasajes del s. XII.

Veamos cómo funciona el *Glossarium* catalán.

Cada artículo lleva una cabecera muy amplia, en donde se agrupan las formas variantes; se da etimología sólo cuando el vocablo no está incluido en el *Thesaurus*, con lo que indirectamente se señalan los neologismos respecto a éste (pues no se usa ningún otro signo diacrítico), y luego en el cuerpo del artículo se organizan los significados y se aducen los pasajes correspondientes. Las equivalencias se dan en español, y con frecuencia una serie de llamadas remiten a notas impresas en sangrado a continuación del artículo correspondiente, en que se discute el valor de la lección, la autenticidad del documento, su datación, o se informa sobre particularidades de ciertas instituciones, sobre su presencia en otros estudios, léxicos, o en otros territorios; más de una vez, y creo que ésto es una innovación que deja ver una recta concepción del valor probante de los testimonios, se llama la atención del lector sobre el hecho de que cierto uso, cierta forma o cierto significado se presenta en documentos cercanos en el tiempo y compuestos por el mismo escriba, con lo que se hace patente la necesidad de atribuirlo al ingenio de éste y no a la naturaleza de la lengua. Importante es, asimismo, el relieve que la cita en negrita da a la fecha de los distintos documentos que se van utilizando para atestiguar formas y usos: tratándose de documentos, es un modo de ver muy importante, ya que aquí la cronología es un elemento de primera clase. Mientras en textos literarios son otros los criterios que hay que aplicar —pues tiene casi más importancia la historia de la trayectoria literaria del vocablo, en la sucesión de fuentes e imitaciones, que su cronología absoluta—, en los documentos es esta cronología la que puede ser-

virnos de indicio para estudiar la frecuencia relativa, los momentos de expansión, junto con los lugares de partida, los círculos en que se frecuenta, incluso la difusión de tipos o modos documentales. Asimismo, es una idea excelente el hecho de que, en su caso, quede constancia de si se trata de originales o simples copias, pues a veces el despojo de un Cartulario no impide la consulta directa de los originales que se conservan junto con la transcripción cartoral. Atención a los aspectos gramaticales se dedica singularmente en las notas a pie de artículo a que antes me referí, como también a la bibliografía pertinente, citada en abundancia como confirmación o para discusión. Es evidente que el método de entablar discusiones justificativas en el curso de la obra va a crear a ésta no pocas dificultades, y si se quiere riesgos no siempre merecidos; pero es al menos una valentía que puede servir de acicate para los estudiosos de otros campos, y demuestra el interés y cuidado con que se ha tomado la investigación particular de cada artículo. Hay un equívoco en el subtítulo que debiera haber sido salvado, y esperemos que lo sea en el futuro: se habla de fuentes catalanas cuando en realidad, en la tabla auxiliar que acompaña al fascículo conteniendo la explicación de abreviaturas (textos, bibliografía, revistas), y que posteriormente será sustituida por una relación completa, no se citan más que dos textos literarios, la epístola de García de Cuixá y la *Vita Petri Urseoli*, el ex-dux de Venecia. Ahora bien, estimo que no hay razón para haber pretermitido textos tan interesantes como los de los dos Olibas, las traducciones de Lupito de Barcelona, los rollos de muertos, y tantos otros descritos y clasificados por mí recientemente en mi *Index scriptorum latinorum medii aevi Hispanorum* (Madrid, 1959 = Salamanca, 1958-1959). Precisamente, la literatura catalana de estos siglos es sobremanera interesante e importante dentro de la Península, y es lástima que no haya sido tenida más ampliamente en cuenta.

La aportación de este *Glossarium* es, pues, de enorme interés: las 128 columnas que comprende este primer fascículo ofrecen muchas novedades léxicas, a pesar de que no es Cataluña la zona más rica en innovaciones, sobre todo procedentes de

fuentes mozárabes o mozarabizadas, la gran novedad de la Península y elemento quizá más distintivo. La seguridad crítica es, a mi modo de entender, uno de los rasgos más salientes de este nuevo léxico; su atención a problemas institucionales y gramaticales se resuelve en notas valiosas, inteligentes y serias. El hecho de basarse en fuentes documentales peninsulares confiere para nosotros al glosario catalán un innegable interés. Y, sin embargo, todavía he de manifestar, en último término, mi extrañeza por el hecho de que los artículos no vayan firmados. Sería una muestra más de ese sentido crítico, seguro que ofrece al lector y al investigador.

I I I

Hemos hecho un recorrido juntos, lector benévolo, por el campo de la lexicografía latina medieval. La variedad de este período de la lengua latina, el hecho de que, junto con las influencias literarias más o menos tradicionales, hayan actuado infujos de las lenguas romances en trance de formación, las sustantivas modificaciones de la vida política, religiosa, filosófica, cultural y técnica experimentadas por el Occidente durante la Edad Media, dan al Latin Medieval una riqueza sorprendente. El descubrimiento de la filología de nuestro siglo ha sido, precisamente, el latín tardío y el medieval. No puede ya decirse que éste sea un latín de cocina, de la manera que lo entendían los tiempos anteriores; y se va eliminando la creencia en una Edad Media oscura y bárbara, para considerarla como un elemento básico de nuestro modo de ser, sin calificaciones despreciativas. El latín medieval es el gran problema de nuestra filología latina actual. Pero, ¿cuál ha sido la reacción? Puede parecer excesiva, de una excesiva dispersión. Realmente he pensado más de una vez si no resulta tan inoportuno como el anterior desprecio conjunto a la Edad Media por parte de la filología clásica este entusiasmo que lleva a una lamentable fragmentación del trabajo. Los ritmos a que se llevan empresas tan valiosas como el *Novum Glossarium* o el

Mittellateinisches Wörterbuch en razón de su misma amplitud y de las exigencias de su método, favorecerán la aparición de nuevos manuales, de léxicos nacionales, con pérdida de energías y con disgregación en las soluciones. Pero quizá la cosa no sea tan grave; empresas tan colosales como algunas de las que he intentado analizar por sus actuales resultados en las páginas anteriores son garantía de una continuidad en el trabajo y en la preocupación por los problemas de la latinidad medieval. Poco a poco los materiales, puestos paulatinamente a disposición de los estudios por la gran floración de léxicos nacionales, podrán fundirse; los estudios podrán amplificar las bases de nuestro conocimiento de la historia de la lengua durante la Edad Media, y se llegará a crear los verdaderos instrumentos de trabajo que necesitamos. A nuestro alcance tenemos un ejemplo significativo: hacia siglos que la lexicografía latina estaba trabajando, de manera más o menos positiva, pero eficazmente; la filología germana estaba en un período de máximo esplendor; un hombre genial, Wölfflin, con un equipo insuperable planea la empresa gigantesca del *Thesaurus*, que se calculaba ocuparía unos veinte años. Pero el caso es que del *Thesaurus* tenemos sólo la mitad, y hace sesenta que apareció la primera publicación; durante estos años la orientación de la filología ha cambiado grandemente, se ha ampliado el campo del interés, antes reducido solamente a la época clásica, se han editado muchos nuevos textos con criterios cada vez más depurados y modernos y el *ThLL*, como empresa viva que es, se ha ido acoplado a las nuevas corrientes, y su aspecto ha cambiado grandemente desde el tomo I, elaborado, sin embargo, por las firmas más prestigiosas de principios de siglo. También ahora, a pesar de lo ambicioso de planes como el que va cristalizando en el *Novum Glossarium*, no olvidemos que siempre se ha partido de la base de no comprender toda la Edad Media; así lo hace el Diccionario alemán, lo hace el Léxico de Niermeyer, lo hace el Léxico imperfecto de Arnaldi. Nos queda todavía fuera esta Edad Media que consideramos tan nuestra, la Edad Media de la aparición del artesanado y de la burguesía, del gran comercio continental, de las Universi-

dades, de las órdenes mendicantes. Si en medio de una época poco idónea para tanta variedad de empresas, éstas florecen, algo importante está pasando en la conciencia de los estudiosos: más que nunca la filología latina medieval da sus alabonazos reclamando el puesto que le compete en el cuadro de las ciencias históricas. Y va presentando poco a poco sus realizaciones, que permitirán próximamente una más recta inteligencia de los textos, un mejor análisis de la realidad idiomática de la Edad Media, y con ello un más exacto conocimiento de los hombres que hicieron la unidad y la trascendencia de este Occidente que, a punto de resquebrajarse, parece como la fénix querer brotar de nuevo para proseguir incansable su misión creadora y educadora del género humano.

M. C. DIAZ Y DIAZ.